

Por la Difusión de Nuestro Arte

por Sebastián Salazar Bondy

Se halla en Lima el señor Monroe Wheeler, Director de Exposiciones y Publicaciones del Museo de Arte Moderno de Nueva York, uno de los más importantes centros de difusión artística del mundo. El objeto de su visita, conforme lo ha precisado la prensa local, es estudiar las posibilidades de llevar a cabo en la gran metrópoli norteamericana una muestra de cerámica, tejido y orfebrería peruanos de la época pre-hispánica, la cual se presentaría bajo la denominación genérica de "Arte Antiguo de los Andes". El proyecto intenta incluir las creaciones artísticas de las culturas autóctonas, que tuvieron asiento en el área que abarca el Perú actual, dentro de la serie que iniciara el "Arte Negro del Africa" y continuara posteriormente el "Arte Indio de los Estados Unidos" y el "Arte de los Mares del Sur". La presencia del señor Wheeler — que fuera precedida hace unos pocos meses por la visita del señor René D' Harnoncourt, Director de aquella institución newyorkina— y el propósito que la determina, dan motivo a recaer sobre un tema que en esta y otras columnas de LA PRENSA ha sido reiteradamente tratado.

Desperdigada en colecciones particulares —algunas de ellas, es cierto, animadas por un espíritu fervoroso y pleno de generosidad, como en el caso del Museo de Rafael Larco Herrera de Chiclin—, instituciones oficiales y precarias entidades municipales, se halla gran parte de la riqueza artística del

país, no sólo aquella que el pasado más remoto nos legara, sino también esa otra que no por más reciente es desdeñable o indigna de consideración. No existe —ya se ha insistido— un organismo estatal íntegramente dedicado a la conservación y defensa de dicho patrimonio, ni a modo de patronato tutelar ni en forma de Museo Nacional. El tráfico de objetos artísticos pre-colombinos y coloniales ha constituido, y constituye aún infortunadamente, un alevoso despojo a la nación, cuya incuria en este orden no ha tenido ni tiene límites. Cientos de piezas de extraordinario valor se hallan en los Estados Unidos y Europa. Catálogos y publicaciones extranjeros nos revelan periódicamente cuánto del tesoro arqueológico y pictórico del país ha sido impunemente llevado fuera de las fronteras.

Es de imaginar la dificultad que en el presente el señor Wheeler afronta para lograr una visión veraz de todo aquello que debería estar a su disposición para concretar el hermoso proyecto de exhibir en Nueva York nuestro arte antiguo. Sobre todo si lo que desea —como se desprende de sus declaraciones— es dar una noción cabal y completa de esta interesante y fundamental etapa de la cultura peruana. Si para el aficionado nacional obtener ese panorama es poco menos que imposible, para el extraño tal intención es doblemente penosa. De ahí que no se haya escrito hasta el momento —ni por peruano ni por extranjero— un estudio amplio y general sobre estos temas, habiéndose reducido toda la investigación hasta el día a simples aportes parciales. En verdad, la exposición que planea el Museo de Arte Moderno de Nueva York y el volumen que lanzará esta institución con motivo de la muestra, serán las primeras contribuciones al conocimiento integral de la creación artística pre-incaica e incaica.

Hace un año recorrió Francia y los países nórdicos una colección de arte mexicano —"Tres mil años de arte mexicano" se denominaba— que fué para los europeos, conforme los comentarios periodísticos lo establecieron, tanto el descubrimiento de la fuerza y belleza del arte maya y azteca, cuanto la prueba definitiva de que la pintura contemporánea de ese país (Diego, Orozco, Tamayo, etc.) posee un antecedente secular de excepcional calidad. Esta exposición estuvo organizada por el Instituto Nacional de Bellas Artes —entidad dependiente de la Secretaría de Educación Pública—, el cual, en este como en otros casos, se inspiró en la idea de que difundir el arte Mexicano era promover el mejor interés por el país, su pasado y su futuro. El comité encargado de la realización de la II Bienal de Sao Paulo envió hace un año al Perú un funcionario con el fin de obtener de las autoridades correspondientes el permiso necesario para mostrar, en ese extraordinario certamen de arte mundial, una selección de piezas pre-hispánicas. Su gestión fracasó por causa de la indiferencia que hacia su empeño mostraron los organismos de los cuales dependía el prestar entusiasta atención a la solicitud.

Bien se ve, a través de este ejemplo, cuán deficiente es nuestra organización al respecto. Por eso es que, con motivo de la visita del señor Wheeler, es necesario actualizar la reclamación que en tantas veces LA PRENSA ha hecho pública. Hace falta la creación de una institución destinada exclusivamente a estos menesteres, pues es tiempo de que el Perú manifieste claramente el orgullo que tiene por su maravilloso pasado y deje sentado ante sí y el mundo que posee la convicción de que en las raíces más remotas de su historia está la simiente de la grandeza a la que sus hombres aspiran.